



## ¿De quién es el cuerpo que duele?

**Dr. Héctor Torres Muñoz**  
**Universidad Autónoma de Tamaulipas**  
<https://orcid.org/0009-0003-5127-4925>

Cómo referenciar este artículo / How to reference this article:

Torres Muñoz, H. ¿De quién es el cuerpo que duele?. RICAP (Revista Integradora De La Comunidad Académica En Psicología), 2(2).  
<https://doi.org/10.61566/ricap.v2i2.29>

**Resumen:** El cuerpo, en su complejidad biológica, simbólica y psíquica, se presenta como un territorio que trasciende la mera estructura orgánica. A través de la reflexión filosófica y psicoanalítica, este ensayo explora la relación del cuerpo con el dolor, entendiendo este último no solo como una sensación física, sino como un mensaje cargado de significados subjetivos, culturales y emocionales. El dolor se percibe no solo como una vivencia individual, sino como una construcción social que se ve mediada por la historia, la memoria y el inconsciente. A través de las teorías de Freud y Lacan, se plantea la posibilidad de respuesta que este aparato teórico ofrece para dar cuenta del fenómeno del dolor. En este sentido, las reflexiones sobre el cuerpo se convierten en un espejo de las experiencias no verbalizadas y de los dolores heredados. La pregunta sobre la propiedad del dolor nos invita a reflexionar sobre cómo el cuerpo, más allá de ser nuestro, está marcado por el Otro, por la cultura y por las experiencias pasadas. Finalmente, el trabajo plantea que el dolor, aunque personal, siempre lleva consigo una carga colectiva, histórica y simbólica, que desafía la noción de que el cuerpo nos pertenece plenamente, abriendo un espacio para la reflexión sobre lo que realmente significa habitarlo.

**Palabras clave:** cuerpo, dolor, psicoanálisis, sujeto, Lacan, Freud.

**Abstract:** The body, in its biological, symbolic, and psychic complexity, emerges as a territory that transcends mere organic structure. Through philosophical and psychoanalytic reflection, this essay explores the relationship between the body and pain, understanding the latter not only as a physical sensation but as a message imbued with subjective, cultural, and emotional meanings. Pain is perceived not merely as an individual experience but as a social construct mediated by history, memory, and the unconscious. Drawing on the theories of Freud and Lacan, the essay considers the possibilities offered by this theoretical framework to account for the phenomenon of pain. In this sense, reflections on the body become a mirror of unspoken experiences and inherited suffering. The question of the ownership of pain invites us to reflect on how the body, beyond being "ours," is marked by the Other, by culture, and by past experiences. Ultimately, the essay argues that pain, although personal, always carries a collective, historical, and symbolic burden that challenges the notion that the body entirely belongs to us, opening a space for reflection on what it truly means to inhabit it.

**Keywords:** body, pain, psychoanalysis, subject, Lacan, Freud.

Fecha de recepción V1: 04/04/2025 Fecha de recepción V2: 11/06/2025 Fecha de aceptación: 21/09/2025

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

Copyright 2025, Universidad Autónoma de Tlaxcala

RICAP Revista Integradora de la Comunidad Académica en Psicología

ISSN: 3061-7332

Octubre 2025, Vol. 2 No. 2

## Introducción

El cuerpo nos acompaña desde el primer aliento hasta el último suspiro. Lo habitamos, lo sentimos, lo sufrimos. Pero ¿nos pertenece del todo? ¿Es solo una estructura biológica, un mecanismo que responde a impulsos y necesidades, o es también un territorio simbólico, cargado de significados, deseos y conflictos?

El dolor, en particular, nos recuerda que el cuerpo es algo más que un conjunto de órganos y tejidos. No se trata solo de una respuesta fisiológica, sino de una experiencia que atraviesa lo emocional, lo social y lo subjetivo. Un mismo dolor puede sentirse de manera distinta según la historia de quien lo padece, según el contexto en el que surge y el significado que adquiere para cada persona. En este sentido, la pregunta "¿de quién es el cuerpo que duele?" nos invita a reflexionar más allá de lo obvio: ¿es solo mío este dolor o también es del Otro? ¿Qué papel juegan la cultura, la memoria y el inconsciente en nuestra relación con el cuerpo?

Desde la filosofía, el cuerpo ha sido un enigma inagotable. Platón lo consideraba una prisión del alma; Descartes lo separó de la mente como si fueran entidades independientes; Nietzsche lo reivindicó como la base de nuestra existencia. El psicoanálisis, por su parte, nos muestra que el cuerpo no es solo biología, sino también lenguaje, deseo y conflicto. Freud nos enseñó que los síntomas físicos pueden ser la expresión de conflictos psíquicos inconscientes, y Lacan fue más allá al decir que el cuerpo se construye en el encuentro con el lenguaje y el Otro.

Este trabajo se adentrará en estas dimensiones filosóficas y psicoanalíticas del cuerpo, explorando cómo el dolor—físico, emocional, simbólico—es más que una simple sensación: es un mensaje, un síntoma, una manifestación de algo que a veces ni siquiera podemos nombrar. Así, al preguntarnos "¿de quién es el cuerpo que duele?", no solo buscamos entender el sufrimiento, sino también desentrañar lo que significa realmente habitar un cuerpo (Aguilar y Macías, 2011).

El dolor en el cuerpo es de interés, no solo para quienes reflexionamos en torno a las manifestaciones del inconsciente, los síntomas o el malestar psíquico, la Organización Mundial de la Salud (2025) sugiere que la atención al malestar físico y emocional del individuo es prioritaria para el desarrollo humano de todas y todos, específicamente en el Objetivo de Desarrollo Sostenible 3, Salud y bienestar, se hace hincapié en garantizar una vida sana y promover el bienestar para todos en todas las edades, el manejo del dolor es fundamental para la atención sanitaria de calidad, por ejemplo, con los cuidados paliativos en enfermedades crónicas y degenerativas, que en muchas ocasiones son producto de mecanismos de conversión somática, razón por la que es importante poner atención al estudio del dolor y visibilizar su relación con el cuerpo o los cuerpos como veremos más adelante.

## ¿Qué es un cuerpo?

El cuerpo es, en apariencia, lo más inmediato y propio que poseemos. Es aquello que nos permite estar en el mundo, sentir, actuar y comunicarnos. Sin embargo, cuando intentamos definirlo, la certeza de su presencia se disuelve en preguntas más profundas: ¿Es el cuerpo solo una estructura biológica o es algo más? ¿Dónde empieza y dónde termina? ¿Es simplemente un objeto entre otros o es también una construcción simbólica y psíquica?

Desde la perspectiva científica, el cuerpo es un sistema orgánico compuesto por células, tejidos, órganos y funciones que trabajan en conjunto para sostener la vida. La medicina y la biología lo han desglosado en sus componentes más pequeños, buscando entender su funcionamiento y sus límites. Sin embargo, esta visión puramente fisiológica no basta para abarcar la complejidad del cuerpo humano. La experiencia de tener un cuerpo va mucho más allá de sus procesos biológicos: el cuerpo no es solo aquello que tenemos, sino también aquello que somos (Bezanilla y Milatich, 2023).

La filosofía ha abordado esta paradoja desde diferentes ángulos. Para Platón, el cuerpo era una cárcel del alma, un receptáculo material que debía ser trascendido para alcanzar la verdad. En cambio, Aristóteles lo consideraba parte inseparable de la identidad humana, la base a partir de la cual se desarrolla la vida psíquica y racional. Descartes, con su famosa separación entre *res cogitans* (la mente) y *res extensa* (el cuerpo), reforzó la idea de una dualidad en la que el pensamiento es el verdadero núcleo del ser, mientras que el cuerpo es solo un vehículo pasajero.

No obstante, en el siglo XX, pensadores como Maurice Merleau-Ponty desafiaron esta dicotomía, argumentando que el cuerpo no es un simple objeto que poseemos, sino el medio a través del cual experimentamos el mundo. Para Merleau-Ponty, el cuerpo es cuerpo vivido, una entidad que no solo ocupa espacio, sino que construye la realidad a través de la percepción y la acción. No somos conciencias flotantes atrapadas en un organismo: somos cuerpos sintientes, cuerpos que sienten y son sentidos.

El psicoanálisis, por su parte, ha revelado que el cuerpo no es solo una entidad biológica, sino también un territorio de significaciones. Freud descubrió que los síntomas físicos pueden ser expresiones de conflictos psíquicos reprimidos: el cuerpo habla cuando las palabras fallan. Los síntomas histéricos, por ejemplo, mostraban que el cuerpo puede ser escenario de un sufrimiento que no encuentra otra vía de manifestación. Lacan llevó esta idea más lejos, planteando que el cuerpo no es algo dado de manera inmediata, sino algo que se construye en la relación con el lenguaje y el Otro. Desde esta perspectiva, no nacemos con un cuerpo en el sentido pleno, sino que lo adquirimos en la medida en que es nombrado, tocado y significado dentro del lazo social.

El cuerpo, entonces, es a la vez materia y lenguaje, presencia y ausencia, objeto y sujeto. Es el lugar donde se inscriben nuestras experiencias, traumas, deseos y miedos. No existe un cuerpo “puro”, desvinculado de la cultura y la historia: cada sociedad y cada época han definido lo que es un cuerpo, lo que puede hacer, lo que debe ocultar y lo que debe mostrar. En algunas culturas, el cuerpo ha sido un símbolo de poder y dominio; en otras, un espacio de castigo y represión. La medicalización moderna ha transformado el cuerpo en un objeto de intervención y control, mientras que el discurso contemporáneo sobre identidad y género desafía las nociones tradicionales de lo que significa tener y ser un cuerpo.

Entonces, ¿qué es un cuerpo? Quizá la mejor respuesta sea que el cuerpo es siempre una pregunta, un enigma que nos acompaña y nos desborda. No es solo carne y hueso, sino también deseo, historia, memoria y lenguaje. Es el lugar donde se inscriben nuestras marcas más profundas y donde se juega, en última instancia, la posibilidad misma de existir **(Gallo y Navarro, 2015)**.

### **El cuerpo es el depósito de una falta**

Nacer implica una falta; el cuerpo no nos pertenece del todo. Nos es dado, moldeado, tocado y significado por los otros antes de que siquiera podamos reconocerlo como nuestro. En la infancia, este cuerpo es el medio a través del cual experimentamos el mundo, pero también es el territorio donde se inscriben las primeras marcas de nuestra historia. Es un cuerpo que no elegimos, un cuerpo que recibe y acumula las huellas de nuestras experiencias, especialmente aquellas que dejaron una falta, una carencia, un vacío.

La infancia es una etapa en la que dependemos completamente del Otro, de los adultos que nos cuidan, que nos nutren, que nos protegen. Pero en esa dependencia también se juega el deseo: ¿qué se nos dio y qué se nos negó? ¿Fuimos mirados, atendidos, escuchados? ¿Qué ausencias nos marcaron? Estas experiencias no desaparecen, no quedan en el olvido, sino que se alojan en el cuerpo, muchas veces de forma silenciosa, esperando manifestarse más adelante en la vida.

El psicoanálisis nos ha mostrado que el cuerpo es el lugar donde se inscriben los deseos insatisfechos y las heridas tempranas. Freud descubrió que los síntomas físicos muchas veces son la expresión de conflictos psíquicos que no encontraron otra vía de salida. Un niño que crece con una falta—ya sea afectiva, material o simbólica—no la olvida simplemente, sino que la guarda en su cuerpo y con el tiempo, esa falta puede transformarse en un síntoma, en una dolencia, en un malestar persistente.

Tomemos un ejemplo concreto: una persona que desarrolla diabetes en la adultez después de años de una alimentación desordenada y excesiva. A primera vista, podría parecer solo una cuestión biológica o de malos hábitos.

Pero si miramos más de cerca su historia, podríamos descubrir que, en su infancia, esta persona fue privada de ciertos alimentos, que creció en un hogar donde la comida era restringida, donde cada bocado tenía que ser controlado. Tal vez hubo escasez económica, o tal vez hubo una madre o un padre obsesionado con la salud, con la delgadez, con la idea de que ciertos placeres debían ser negados. La carencia de esa infancia no desapareció, sino que se transformó en una necesidad compulsiva en la adultez: la necesidad de compensar, de llenar un vacío, de tomar ahora lo que antes no se podía. El cuerpo, con el tiempo, paga la deuda de esa falta y lo hace a través de la enfermedad.

Otro ejemplo lo vemos en quienes sufren dolores crónicos sin una causa médica aparente. Personas que viven con migrañas, dolores musculares, fatiga extrema. Muchas veces, estas dolencias están ligadas a una infancia en la que se les exigió demasiado, en la que no se les permitió el descanso, el juego, la expresión libre de emociones.

El cuerpo, años después, reclama lo que no tuvo: si en la infancia no se pudo parar, ahora el cuerpo se detiene por medio del dolor; si en la infancia no se pudo hablar, ahora el cuerpo habla a través del síntoma.

Lacan nos enseñó que el cuerpo no solo es biología, sino también un entramado de significaciones. El cuerpo se construye en relación con el deseo del Otro, y en la infancia, ese deseo muchas veces se nos impone de formas que no comprendemos en su momento, pero que dejan marcas imborrables.

Un niño que crece sintiendo que no es suficiente, que nunca logra satisfacer a sus padres, que nunca recibe la mirada amorosa que espera, puede desarrollar en la adultez un cuerpo que se enferma como una forma de llamar la atención, de obtener ese cuidado que antes le fue negado. No es algo consciente ni voluntario, pero el cuerpo recuerda lo que la mente quiere olvidar.

Incluso la obesidad o la extrema delgadez pueden tener raíces en una falta infantil. Un cuerpo que engorda puede ser un cuerpo que se protege, que construye una barrera contra un mundo que en la infancia fue hostil. Un cuerpo que se vuelve extremadamente delgado puede ser el reflejo de una necesidad inconsciente de desaparecer, de no ocupar espacio, de no ser visto porque en la infancia ser visible significaba peligro o sufrimiento.

En todos estos casos, el cuerpo no miente. El cuerpo guarda memoria, el cuerpo es el depósito de las carencias y las heridas que no pudieron expresarse de otra manera. A veces, esta memoria se activa de forma inmediata, pero otras veces permanece latente durante años hasta que un evento en la adultez la reactiva. Una pérdida, una crisis, un momento de estrés extremo pueden hacer que el cuerpo de pronto grite lo que estuvo callado durante décadas.

Entonces, ¿qué significa que el cuerpo sea el depósito de una falta en la infancia? Significa que el dolor que sentimos hoy, las enfermedades que padecemos, las tensiones que cargamos no siempre pertenecen solo al presente. Son ecos de un pasado que aún nos habita, de una historia que sigue escrita en nuestra carne. No se trata de culpar a nadie ni de buscar responsables, sino de entender que el cuerpo es más que una máquina biológica: es el testigo silencioso de nuestra historia, el guardián de todo aquello que alguna vez nos faltó y que, de alguna manera, seguimos buscando **(Rico, 2006)**.

### El dolor es ajeno

Si hay algo que nos enfrenta con la realidad del cuerpo, es el dolor. Sentir dolor es experimentar un límite, un quiebre en la continuidad de nuestra existencia. Cuando el cuerpo duele, se hace presente de una manera que no podemos ignorar. Se convierte en un obstáculo, en una carga, en una herida que nos recuerda nuestra fragilidad. Sin embargo, ¿de quién es realmente ese dolor? ¿Es propio o es, de alguna manera, ajeno?

A lo largo de la historia, la humanidad ha intentado darle sentido al dolor. En algunas tradiciones religiosas, el sufrimiento ha sido visto como una prueba, una purificación o incluso un castigo. En otras, el dolor se ha entendido como una consecuencia inevitable de la existencia. Pero más allá de estas interpretaciones, hay algo fundamental en la experiencia del dolor: rara vez lo sentimos como algo completamente nuestro. El dolor nos invade, nos toma, nos atraviesa como si viniera de otro lugar, como si no nos perteneciera del todo.

Cuando decimos "me duele", no estamos describiendo simplemente una sensación física, sino algo que nos afecta en un nivel más profundo. Es un mensaje que no siempre entendemos, un fenómeno que parece surgir de un sitio oscuro dentro de nosotros mismos. Freud ya había señalado que el sufrimiento psíquico puede transformarse en dolor físico, en síntomas que el cuerpo adopta para expresar lo que la mente no puede decir. El cuerpo no solo duele por causas biológicas; duele porque carga con historias, con emociones reprimidas, con deseos insatisfechos.

Pero si el dolor es una manifestación del cuerpo y el cuerpo es algo que se nos impone desde el lenguaje y la cultura, entonces el dolor también es ajeno. Desde que nacemos, nuestro cuerpo no nos pertenece del todo. Nos es dado, moldeado, interpretado por los otros: los padres, la familia, la sociedad. Antes de que podamos siquiera nombrarnos, nuestro cuerpo ya ha sido nombrado, tocado, cargado de significados que no hemos elegido. Nos enseñan a sentir el cuerpo de determinada manera, a reconocer ciertas señales, a interpretar ciertas dolencias.

El dolor, en este sentido, no es solo una experiencia individual, sino también una construcción social. Lo que duele, lo que se considera tolerable o insoportable, lo que se silencia o se expresa, todo esto está mediado por nuestra historia y

nuestro entorno. Hay dolores que se aceptan y se normalizan y otros que se reprimen o se patologizan. En algunas culturas, el dolor es visto como una prueba de fortaleza; en otras, es algo que debe evitarse a toda costa. Pero en todos los casos, el dolor no es solo del individuo: es del Otro, de la mirada de los demás, de la sociedad que lo interpreta y lo encuadra en ciertos límites.

Lacan decía que el sujeto no nace con un cuerpo, sino que lo adquiere en la relación con el Otro. El cuerpo se nos impone como una imagen en el espejo, como un reflejo que aprendemos a reconocer como propio, aunque nunca lo sea del todo.

Esta idea es fundamental para entender el dolor: si el cuerpo nos viene de otro, si nos es otorgado por el lenguaje y por la mirada ajena, entonces el dolor que sentimos tampoco es completamente nuestro. Es algo que se nos impone, algo que muchas veces no comprendemos, algo que puede incluso pertenecer a una historia que no es nuestra **(Nasio, 2015)**.

Esto se vuelve aún más claro cuando pensamos en el dolor heredado, en el sufrimiento que no proviene de una experiencia directa, sino de una historia transmitida. Hay dolores que no comienzan con nosotros, sino que nos son legados por generaciones anteriores.

Dolores de guerra, de migración, de pérdida, de traumas familiares que se inscriben en el cuerpo sin que lo sepamos. El cuerpo guarda memoria de lo que no recordamos, de lo que ni siquiera hemos vivido, pero que, sin embargo, nos duele.

El dolor es ajeno porque siempre tiene un componente que nos excede. No es solo una señal del sistema nervioso, no es solo una experiencia individual. Es un síntoma que habla de lo que no podemos decir, de lo que se ha quedado atrapado entre el cuerpo y el lenguaje. Es un eco de la historia personal y colectiva, una marca de lo que hemos vivido y de lo que otros han vivido antes que nosotros.

Cuando el cuerpo duele, nos sentimos extraños dentro de él. Nos separa de nuestra cotidianidad, nos aliena de la sensación de normalidad. El dolor nos confronta con la realidad de que nunca hemos sido dueños absolutos de nuestro cuerpo y, por lo tanto, tampoco somos dueños absolutos de nuestro sufrimiento.

Entonces, ¿de quién es el dolor que sentimos? ¿Es solo nuestro, o es también del Otro que nos ha dado un cuerpo, que nos ha enseñado a sentirlo, que ha depositado en él una historia que no siempre nos pertenece? Quizá la respuesta esté en reconocer que el dolor nunca es completamente individual. Es una manifestación de lo más íntimo, pero también de lo más compartido, de lo que nos une y nos separa, de lo que nos hace humanos **(Merini, 2020)**.



## La apropiación del cuerpo

Si el cuerpo nos es dado antes de poder reconocerlo, si está marcado por la historia de otros antes de que podamos escribir la nuestra, ¿cómo es posible apropiarnos de él? ¿Cómo convertir en propio un cuerpo que, desde el principio, ha sido moldeado por discursos, miradas y expectativas ajenas? La apropiación del cuerpo no es un acto inmediato ni absoluto; es un proceso, un intento constante de reconciliarnos con aquello que, al mismo tiempo, nos pertenece y nos escapa.

Desde la infancia, el cuerpo es un territorio que se nos impone. Se nos dice cómo debe verse, qué debe sentir, qué es normal y qué no lo es. Crecemos con la idea de que el cuerpo debe ajustarse a un modelo, a una imagen ideal que pocas veces coincide con la realidad. Nos enseñan a mirar el cuerpo desde afuera, como si fuéramos extraños ante nuestra propia piel. Y así, nos distanciamos, nos alienamos, nos volvemos ajenos a nuestra propia carne (Rivera de Rosales, 2002).

Sin embargo, a lo largo de la vida, tenemos momentos en los que podemos comenzar a apropiarnos del cuerpo. Apropiarse del cuerpo no significa controlarlo por completo, sino encontrar maneras de habitarlo de forma más auténtica, de escucharlo y de responder a sus llamados. Significa reconocer su historia sin quedar atrapados en ella, aceptar sus heridas sin resignarse al dolor.

El psicoanálisis nos muestra que el cuerpo es un texto, un conjunto de marcas que pueden ser leídas e interpretadas. Apropiarse del cuerpo implica darles significado a esas marcas, reescribir lo que nos fue impuesto y encontrar nuevas formas de narrarnos. Como señala Le Breton (2002), “el cuerpo es una página en blanco sobre la cual la sociedad escribe sus mensajes más fundamentales, pero también es el lugar donde el individuo responde con su propia escritura, su estilo, su desvío (p.15)”. Apropiarse del cuerpo implica, entonces, darles significado a esas marcas, reescribir lo que nos fue impuesto y encontrar nuevas formas de narrarnos. En ese sentido, cada gesto de autocuidado, cada intento de reconciliación con el propio cuerpo es un acto de resistencia. Comer de manera consciente cuando antes se comía por castigo o por carencia, moverse con libertad cuando antes el cuerpo era una prisión, tocar y ser tocado sin culpa ni miedo.

La filosofía también nos ofrece una clave: el cuerpo no es solo un objeto, sino un territorio de experiencia. No podemos poseerlo en el sentido tradicional, pero sí podemos aprender a habitarlo de una manera más plena. Aceptar sus límites sin verlo como un enemigo, reconocer su vulnerabilidad sin perder la capacidad de gozar, asumir su imperfección sin caer en el rechazo (Bleichmar, 2007).

La apropiación del cuerpo es un acto de construcción, de resignificación, de resistencia. No es un destino al que se llega, sino un camino que se recorre. Y en ese camino, la pregunta permanece abierta: si el cuerpo nunca nos ha sido del todo propio, ¿cuánto de él podemos hacer nuestro?

## Discusión

El presente análisis ha buscado problematizar el estatuto del cuerpo y del dolor más allá de los reduccionismos fisiológicos, a partir de una articulación entre filosofía, psicoanálisis y algunas claves contemporáneas de interpretación subjetiva. A partir del recorrido realizado, se hace evidente que el cuerpo no puede ser comprendido únicamente como una entidad biológica ni como una propiedad privada del individuo; se revela, más bien, como un entramado simbólico, histórico y afectivo, en el que convergen la cultura, la memoria y el deseo del Otro.

Uno de los aportes más relevantes de esta perspectiva es el desplazamiento de la pregunta por el cuerpo desde el terreno de lo evidente hacia el campo de lo interrogativo: el cuerpo no es lo que se tiene, sino lo que se construye. En este punto, el pensamiento de Lacan resulta especialmente fecundo al señalar que el cuerpo no es natural, sino una superficie de inscripción del deseo del Otro. Esta concepción permite pensar el dolor no como un simple daño tisular, sino como un signo que condensa una historia que no siempre es consciente ni lineal. El cuerpo, entonces, “sabe” antes que el sujeto y muchas veces “habla” cuando las palabras fracasan.

A su vez, la noción del dolor como experiencia ajena—es decir, como herencia transgeneracional, como eco de lo no vivido directamente—invita a una lectura crítica de los modelos médicos dominantes. El sufrimiento que se transmite sin haber sido simbolizado pone en tensión la idea de que el cuerpo se explica desde sí mismo. Frente a la tendencia de la medicina a identificar y extirpar síntomas, el psicoanálisis sugiere escuchar en el síntoma una verdad a ser descifrada, una demanda que no siempre es clara, pero que merece lugar y tiempo.

La discusión sobre el cuerpo como “depósito de una falta” permite también una relectura de la infancia desde una ética de la responsabilidad simbólica. Lo que en el cuerpo adulto aparece como síntoma o enfermedad puede ser, en muchos casos, la cristalización de una historia infantil marcada por la ausencia, el exceso o la imposibilidad de simbolización. No se trata de culpabilizar al entorno, sino de entender que el sujeto se forma en una red de miradas, significaciones y silencios que configuran su cuerpo como territorio de inscripción de lo vivido.

Además, la reflexión sobre la apropiación del cuerpo introduce un matiz fundamental: no se trata de “poseer” el cuerpo, sino de aprender a habitarlo. En una época marcada por discursos de control, eficiencia y productividad del cuerpo, esta idea propone una resistencia subjetiva: la de cuidar, escuchar y sostener al cuerpo como un compañero de existencia, no como un objeto a dominar.

El cuerpo, en este sentido, no es el enemigo del sujeto, sino la superficie en la que su subjetividad puede escribirse de manera única y singular.

Por último, la categoría del dolor como síntoma compartido, como dolor del Otro que habita en uno, abre la posibilidad de una política del cuidado distinta. Escuchar el cuerpo del otro, atender su dolor sin reducirlo a diagnóstico, es un acto profundamente ético. En ese gesto, el cuerpo deja de ser un objeto de intervención y se convierte en un sujeto de palabra, de historia, de deseo.

Así, este trabajo apunta hacia una concepción del cuerpo y del dolor como fenómenos complejos, multicausales y profundamente humanos, que exigen una mirada transdisciplinaria que no tema al enigma ni al malestar. El dolor, más que una patología a erradicar, puede ser una puerta de entrada al sujeto; una vía de acceso a su verdad, aunque esta no se deje atrapar fácilmente por el lenguaje ni por la lógica clínica tradicional. Frente a la anestesia simbólica promovida por muchos discursos contemporáneos, pensar el dolor desde el cuerpo habitado, marcado y heredado es también una apuesta por no abandonar la escucha, por no desertar del sufrimiento como acontecimiento que nos convoca éticamente.

### Conclusión

La respuesta a la pregunta que nos ha convocado es el cuidado de sí, el cuerpo nos acompaña, nos sostiene, nos define y nos traiciona. Es el refugio de nuestra existencia y, al mismo tiempo, el campo de batalla donde se libran los conflictos más profundos de nuestra historia. No es solo carne y hueso; es memoria, deseo, herida, vacío. Es el eco de lo que fuimos, de lo que nos faltó, de lo que anhelamos ser.

Nos enseñaron a pensar que el cuerpo nos pertenece, que es un territorio propio, una posesión privada, pero en realidad, el cuerpo es un préstamo, una construcción hecha de miradas, de palabras, de prohibiciones y permisos. Desde la infancia, nos es dado y nos es arrebatado al mismo tiempo: se nos nombra antes de que podamos nombrarnos, se nos impone una forma de sentir, de estar, de doler. Y así, crecemos en un cuerpo que nunca es del todo nuestro, en un cuerpo que busca desesperadamente reconocerse en el espejo, en la caricia, en la enfermedad, en la ausencia.

Cuando el cuerpo duele, cuando enferma, cuando se vuelve un peso insoportable, nos enfrenta con la gran pregunta: ¿de quién es este cuerpo que sufre? No basta con responder que es nuestro, porque en su dolor están inscritos los otros: los que nos criaron, los que nos desearon, los que nos marcaron con su presencia o con su ausencia. Como afirma Didier Anzieu (2016) en su concepto del Yo-Piel, la psique se construye a partir de las experiencias táctiles y las interacciones con los primeros cuidadores, de modo que "la envoltura corporal no es solo un contenedor biológico, sino una estructura psíquica que lleva las marcas de las primeras relaciones (p.159)". El dolor no es solo una sensación, es un lenguaje, una historia que se escribe en la piel y en los huesos, en los órganos y en la fatiga, en los silencios que nunca supimos llenar.

Tal vez nunca lleguemos a apropiarnos completamente de nuestro cuerpo. Tal vez siempre será un enigma, un extraño con el que convivimos cada día. Pero si algo nos deja este recorrido, es la certeza de que el cuerpo no es solo una carga, sino también una oportunidad. Una oportunidad para escuchar lo que nos dice, para traducir su dolor, para entender que no somos solo víctimas de lo que nos faltó, sino también arquitectos de lo que aún podemos construir.

Y entonces, en ese intento de comprensión, en esa búsqueda de sentido, surge la última pregunta, la que permanece incluso cuando las palabras se acaban: si el cuerpo nunca nos ha pertenecido del todo... ¿qué nos queda por hacer con él?

### Referencias

- Anzieu, D. (2016). El yo-piel. Biblioteca Nueva. Didier Anzieu - El Yo-Piel | PDF | Psicoanálisis | Psique (psicología)
- Aguilar Medina, M. P. E., & Macías López, M. A. (Coords.). (2011). Cuerpo y psicoanálisis. Universidad Autónoma de Querétaro.
- Bezanilla, J. M., & Milatich, G. (Eds.). (2023). Cuerpo y espíritu. Inconsciente y alma. Aproximaciones desde la psicología de lo corporal y la psicología profunda. Instituto de Investigaciones Jagüey.
- Bleichmar, S. (2007). Avatares del cuerpo: Psicoanálisis de la sexualidad femenina. Buenos Aires: Paidós.
- Gallo, H., & Navarro, J. (Eds.). (2015). Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad. Editorial Bonaventuriana.
- Le Breton, D. (2002). La sociología del cuerpo. Nueva Visión. (46) David-Le-Breton-La-Sociologia-Del-Cuerpo
- Merini, A. (2020). Cuerpo del dolor. U-Tópicas.
- Nasio, J. D. (2015). El dolor físico. Gedisa.
- Organización Mundial de la Salud. (2025). Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS): Salud y bienestar. Naciones Unidas. [https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/sustainable-development-goals-\(sdgs\)](https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/sustainable-development-goals-(sdgs))
- Rico Bovio, A. (2006). Las fronteras del cuerpo. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rivera de Rosales, J.C. (2002). El cuerpo. Perspectivas filosóficas. UNED.